

Comentario del trabajo de Danielle Quinodoz

Carlos Moguillansky

“HAY VARIAS MANERAS DE SER TRANSEXUAL”

Inicio mi comentario recordando esta frase, con la que D. Quinodoz nos alerta que su paciente Simon/e varió en su análisis su posición subjetiva y su repertorio defensivo. Agregaré que esto vale por igual para todos los casos de transexualismo, pues su determinación clínica y fenoménica no da cuenta de las cuestiones meta y/o psicopatológicas que se suelen asociar a ese diagnóstico.¹ Simon/e tiene un desempeño adecuado y responsable en su discurso y en su vida social pero delira a propósito de su cuerpo, en particular por su sexo. ¿Da esto razón para pensar en una psicosis? Coincido con Quinodoz en señalar que no. El desarrollo del proceso analítico y las referencias de Simon/e a su cuestión viril revelan fantasías que confluyen en su síntoma: “no has de ser varón, pues ser varón implica...” ¿Habremos de abandonar el terreno de las neurosis si este síntoma conduce a Simon/e a sufrir una emasculación? O tal vez su propósito cosmético repara un cuerpo a tono con las exigencias de su ideal del Yo. Y entonces, su intención no difiere de otras maniobras quirúrgicas realizadas según un afán estético o una larvada dismorfobia. Es difícil trazar un límite entre la posición neurótica y la psicótica y en todo caso no lo encontraremos ni en el grave monto de violencia clínica, ni en la certeza delirante de su decisión.

Simon/e resolvió definir su sexo en la consistencia de la anatomía.

¹ Moguillansky, C. (2002) “Exploración de un caso de travestismo”, en *Adicción y Perversión*. Ed. Lumen. Bs. As.

Le pidió a un cirujano que le quitara su miembro viril. Y podemos sostener con firmeza que deseaba “no ser varón” en vez de “ser mujer”, pues la analista nos advierte sobre el peso de su creencia fálica que lo ha llevado a creer que existe sólo un sexo: el masculino. Curioso destino de un emblema viril que ha sido ostentado, si no asumido, por su madre y desestimado por su padre. Dicha emasculación pone a Simon/e en una posición similar a la de su madre como extraña solución a un teorema que exige perder el pene para acceder a la condición fálica. Resulta interesante el modo en que Simon/e manejó su cuestión viril intentando resolver en la certeza anatómica el dilema insoluble de su vacilación psíquica. Simon/e advirtió el fracaso de su primer intento quirúrgico de “no ser varón” pues los vestigios viriles seguían amenazando desde sus deseos, sueños y recuerdos. Ante las vísperas de otra cirugía cayó en el lugar que nunca había abandonado y que su analista definió con claridad. Simon/e buscaba en la supuesta adecuación de un cuerpo fabricado la solución a su incierta posición sexual, jaqueada como estaba por lo que llamaré su inadecuación. Quinodoz nos da una excelente descripción del uso de una lógica concreta, similar a la que está implícita en la noción de género, donde existen términos plenos, para resolver sin éxito la inevitable inconsistencia de la posición sexual. Simon/e intentó fabricar en un cuerpo “perfecto y definido” a una adecuación que la hiciera aceptable. ¿Aceptable para quién? En primer lugar, para su deseo manifiesto, debía no ser varón. Pero, vemos su desesperación, tras él, por una aceptación ajena siempre diferida e incierta, cuando no negada con violencia. Simon/e barrunta si no fue por su condición de varón que su madre lo dejó caer cuando era un niño pequeño.

La intención pretendida por Simon/e y su ulterior fracaso iluminan el uso de su sexo para resolver un dilema en el ser. Ser de un cierto modo para así ser aceptado. Pero la solución no pudo ser más desesperante. Simon/e no resultó una mujer y ya no era hombre. Había caído por fuera de la pretendida plenitud de las casillas de esa lógica utópica. Simon/e comprobó que esas casillas no aportaban la consistencia que proclamaban. Su dolor dejó sin embargo un saldo fecundo. ¿Simon/e era un monstruo, cómo llegó a sentirse? No, era sencillamente Simon/e. Debía encontrar quién era y qué deseaba a partir de las evidencias que el análisis le aportara. Su travesía por la utopía del género lo había arrojado a una condición anómala; Simon/e estaba mutilado y sólo podía denominarse transexual. Pero

había adquirido un saber sobre la inconsistencia de la posición sexual, no sólo la suya. Por ello puede decirle a su analista: “¿quien delira? Yo, pensando que soy una mujer o usted, pensando que soy un hombre?”. La idea de la pirámide nos ayuda a salir de la lógica del plano a la que el síntoma de Simon/e y las ideas de género nos arrojan con la aparente plenitud de sus términos. La analista y Simon/e comprenden el “sentimiento de ser una persona entera que no depende de la integridad del cuerpo”. Simon/e desestima la solución quirúrgica al advertir que “la lista de las operaciones puede alargarse y faltará siempre lo esencial”. La utopía plena de un cuerpo fabricado ha caducado y Simon/e decide analizar los inciertos resabios de su posición sexual. El fin de análisis aparece previsible. La analista no yerra cuando piensa que si introduce la realidad psíquica podría atraer la atención de Simon/e sobre lo que sentía de femenino y masculino y no sobre lo que sabía o había aprendido. La respuesta “incongruente” en apariencia de Simon/e no pudo ser más elocuente: “emocionar a los tipos es acaso ser mujer? Estoy furiosa con usted”. Su respuesta reubicaba al sexo en una doble vertiente: primero, ahora era innegable el papel de la emocionalidad; segundo, daba una visión impensada del lugar de la madre, como alguien que deseaba emocionar o excitar a los tipos. Eso era tan impensado como impensable. La lógica narcisista de la aceptación materna perseguida con su cosmética transexual quedaba pasmada y desubicada ante esta intervención de la analista que propone la realidad del deseo sexual de la madre por los tipos. Simon/e parece haber desmentido que ese ser anodino y femenino compuesto por su versión del padre fuera deseado por la madre. Y recuperarse de ese retorno y concebir esa posibilidad lo enfurece.

El cambio de la lógica narcisista por la lógica sexual redistribuye términos y contenidos. Simon/e reubica la cuestión sobre el eje de su persona y los arreglos cosméticos de ayer se vuelven pérdidas valiosas de ahora. Ya no se trata sólo de las pérdidas anatómicas, sino de una larga serie de arreglos hechos en aras del deseo de colmar un deseo narcisista materno que ha sido abandonado. El cambio de eje lo torna a Simon/e dueño de sí mismo. Esta referencia a algo propio de sí,² recuperado de la enajenación en el deseo materno, le aporta un orbe que define quién y qué es de quién en el caos de su mundo. La

² Mogueillansky, C. “La importancia de lo propio en la práctica analítica”. Ateneo de Apdeba noviembre 2002. Inédito.

aparición de este fiel que ordena y discrimina conduce al análisis a desentrañar lo que desea la madre: esa potencia masculina monstruosa que lo aterrizzaba. Se desata una nueva línea que construyó al síntoma. El monstruo que él intentó componer en su cuerpo retorna como el contenido de la fantasía fóbica de un padre primordial poderoso e irrefrenable. El progreso de la transferencia paterna da el vuelco final al análisis. El sueño del extraterrestre muestra dos hechos conmovedores: primero, la firme presencia del padre-policía que interviene cuando Simon/e no puede controlar a su sexo; segundo, la descripción de la transición desde el intento de dominar su sexo, tratando de desembarazarse de él, a su domesticación, tornándolo humano y aceptable. Un sueño maravilloso que ofrece una versión retrospectiva de la operación como un intento de desembarazarse de un sexo terrible, a costa de volverse asexual. Ser un extraterrestre condensa la anomalía viril monstruosa del padre primordial, el cuerpo martirizado por la emasculación y el retorno de un sexo viril que resulta inmanejable. Ese intento fracasó pero se ha transformado en una amigable domesticidad por obra de la referencia a una ley. Simon/e se refiere a ella y se reconoce como un trasgresor. Simon/e puede admitir abiertamente que su operación lo volvió extra terrestre y lo privó de una parte de su humanidad. La creativa transición de la anatomía a la humanidad, la transformación del dominio tirano en una amigable aceptación de quien es le permiten concebir la idea de ser amado. En términos de Simon/e: “un transexual puede transformarse en un extraterrestre amable”. Quinodoz localiza allí a Simon/e pudiendo salir de la dicotomía mujer-varón para abrazar lo que Simon/e sentía era su propia realidad. Puedo sentirme representado por esa intención. Al fin y al cabo, ¿no es eso lo que todo análisis busca y a veces encuentra en cada caso? Simon/e nos da una lección de indudable valor cuando reflexiona y dice: “¿cómo quiere que un analista hombre comprenda a una mujer?... (con turbación) ¿será necesario para mí un analista que comprenda a las mujeres o a los hombres? En ningún caso podría ser comprendida!”. Tiene razón, aunque hace mal en quejarse, pues no es eso lo que necesita. Simon/e sabe bien que nadie puede darle certeza de su sexo desde las referencias y/o preferencias sexuales ajenas. Y que habrá algo propio de Simon/e que escapará a la comprensión de cualquiera. Por conocer esa cesura es que Simon/e puede aceptarse sin buscar que otro lleve a cabo esa función. A partir de ello es que puede aceptar su masculinidad y corregir la interpre-

tación de la analista cuando sostiene: “por qué no decir que mi costado masculino me perseguía como el enfermero!” El monstruo de la masculinidad es recuperado tras ser enviado a “las zarzas”. Simon/e acepta lo desmentido y puede cuidar del pequeño varón que fue y de algún modo sigue siendo. Esta armonía entre su Yo y su Ideal le permite sobre el final rectificar un aspecto de su previa identidad ilusoria que bien podría ser definida con Erikson como negativa. No era un Julio sino una Julia la novia de los comienzos. La saga ilusoria que ella construyó incluía todos los malentendidos sintomáticos de su posición sexual. Julio /Julia conduce a Simon/e y los juegos de espejos que la doble duplicidad permite. Simon/e admite al final que no hay manera de tener certeza y que debe admitir en su juego sexual que participen por igual Simon y Simone. Para ello ha debido resolver la escisión que marcó a sus dos nombres. Simon y Simone fueron dos modos igualmente infructuosos de nominar plenamente la naturaleza de Simon/e y por ello el acto de nombrar se vuelve sintomático. Nombrarlo Simon es tan insuficiente como nombrarla Simone. Y ello parece articulado a la pretensión de encontrar en el nombre propio la solución plena a una cuestión predicativa que se debe resolver en la experiencia. La curiosa apuesta del síntoma transexual es que lo predicativo –la posición sexual– apela al sujeto en su definición esencial, pues el nombre incluye una referencia genérica. La confusión transexual no es menor que la de los que buscan en el género la solución para una atribución inconsistente como lo es la experiencia misma. La posición sexual es un predicado porque es definida desde la perspectiva del ejercicio de una práctica que se manifiesta. Lo curioso es que a ese predicado el transexual lo intenta resolver en el terreno del sujeto. Al confundir esos dos planos queda obligado a la solución cosmética de un cuerpo que resulta erróneo para el ejercicio sexual de ese sujeto. Nuestra psicopatología que ha hecho del ser uno de los pilares diagnósticos entre psicosis y neurosis no dudó en ubicar a los casos de transexualismo en el campo de las psicosis monosintomáticas. Casos como el de Simon/e muestran esa curiosa formación de síntoma que nos obliga a revisar nuestros propios esquemas.

CARLOS MOGUILLANSKY

BIBLIOGRAFIA

- ERIKSON, E. (1950) *Childhood and society*. Norton and company. NY. 1950
- MOGUILLANSKY, C. (2002) "Exploración de un caso de travestismo", en *Perversiones y adicciones*. Ed Lumen. Bs. As. 2002.
- MOGUILLANSKY, C. (2002) "El lugar de lo propio en psicoanálisis". Ateneo científico de Apdeba noviembre 2002. Inédito.

Carlos Moguillansky
Av. Las Heras 3745, 11° "C"
(1425) Capital
Argentina